



Ricardo Monreal

Geopolítica en 15 minutos de medio tiempo

Hace unos días, vimos un espectáculo, en el medio tiempo del Super Tazón LX, que no fue simplemente musical, pues se convirtió en plataforma cultural y política; un fenómeno global que redefinió la manera en que entendemos un evento deportivo.

Ia actuación del puertorriqueño Bad Bunny rompió todos los récords de audiencia televisiva para un show en la historia de esa justa deportiva, con estimaciones que sitúan el número de espectadores en alrededor de 135.4 millones en todo el mundo. Esta cifra supera ampliamente marcas anteriores y posiciona su presentación como la más vista de todos los tiempos en el icónico evento estadounidense.

Hubo quienes hicieron llamados a no observar aquel espectáculo porque vislumbraban el mensaje que se daría. Su alcance —que incluyó elementos narrativos profundamente vinculados a la identidad latina y fue mayoritariamente en español— evidencia cómo un artista global puede transformar un segmento tradicionalmente pensado para entretenimiento en un acto simbólico de visibilidad cultural. La elección de repertorio y estética artística evocó no sólo ritmos urbanos, sino narrativas sobre migración, unidad y diversidad dentro del continente americano, lo que provocó resonancias más allá del estricto marco deportivo y musical.

Estos números de audiencia se prestan para una reflexión más amplia: en un mundo donde las tensiones internacionales parecen multiplicarse —desde debates sobre inmigración y división en

En un contexto de tensiones internacionales, crisis migratorias y debates sobre identidad cultural, la actuación de Bad Bunny representó una especie de “puente musical” que se escuchó fuerte y claro, que trascendió fronteras nacionales y lingüísticas, proponiendo una visión de comunidad más amplia, diversa y unida.

Estados Unidos hasta confrontaciones geopolíticas que polarizan regiones enteras—, el fenómeno del espectáculo de medio tiempo funcionó como un micrófono planetario.



**CÁMARA DE
DIPUTADOS**
LXVI LEGISLATURA
SOLERANIA Y JUSTICIA SOCIAL

La decisión de la NFL de colocar en el centro del escenario a Bad Bunny, uno de los artistas más influyentes de la música contemporánea y voz prominente de generaciones más jóvenes, impulsó cifras históricas, pero también subrayó cómo la cultura y el poder blando de las naciones pueden incidir en conversaciones globales sobre identidad y pertenencia.

No fue para nada poco lo que el pasado fin de semana logró Benito Antonio Martínez Ocasio, pues una vez que nos damos cuenta de la importancia y magnitud del poder blando de la cultura latina en el mundo, sobre todo cuando el escenario es la mayor potencia global, donde existen discursos de división y políticas muy duras contra estos mismos, el planeta se enlazó en un medio tiempo lleno de unidad y hartazgo del odio.

Los éxitos musicales de Bad Bunny se han disparado en los últimos días en todas las plataformas digitales y en redes sociales, mandando un claro mensaje: el mundo se une en el amor, en la hermandad, y son mucho más fuertes estos sentimientos que el impacto de miles de mensajes y discursos de odio y división que gobiernos intentan sembrar en el corazón de las personas. El mundo demostró que está listo para vivir en amor y que quienes pretenden lo contrario tendrán un fracaso rotundo.

Lo ocurrido en el Super Tazón LX no es un fenómeno aislado, sino la manifestación de una tendencia más amplia, ya que los megaeventos deportivos dejaron de ser simples competencias o festividades, para convertirse en plataformas de reputación global, donde audiencias de todo el mundo convergen y donde el discurso cultural puede influir en debates políticos y sociales.

En un contexto de tensiones internacionales, crisis migratorias y debates sobre identidad cultural, la actuación de Bad Bunny representó una especie de “puente musical” que se escuchó fuerte y claro, que trascendió fronteras nacionales y lingüísticas, proponiendo una visión de comunidad más amplia, diversa y unida.